

ANTONIO CASTRO: EL VIEJO NUEVO TEATRO

Al comenzar la primavera en la Ciudad de México, si uno busca lo más sobresaliente de la cartelera teatral, un nombre se repite: Antonio Castro, director de escena. Con tres montajes simultáneos, *Don Giovanni* de Mozart, en versión de José Saramago, (Teatro Juan Ruiz de Alarcón de la UNAM), *El filósofo declara* de Juan Villoro (Foro Shakespeare) y el monólogo *El cerdo* de Raymond Cousse (Teatro Once de julio), confirma la vigencia de su trazo escénico, la pertinencia de sus montajes y el buen ojo para elegir textos dramáticos sobresalientes. La certeza de estar frente a un funambulista que camina sin prisa por el alambre de su propia *poética*: La inteligencia de los personajes como norma, la argumentación sobre temas cotidianos que va de la literatura y las ciencias sociales a las artes escénicas y el impacto de su trabajo más allá de los endogámicos círculos gremiales.

Antonio Castro es un purista; de los que piensan que teatro y literatura no son enemigos. Castro no es amigo de la liminalidad, ni de la investigación actoral llevada al paroxismo, tampoco de intervenciones escénicas o complejos aparatos de reflexión posdramática. Tampoco gusta de alimentar su repertorio con dramaturgias que desafíen la estructura tradicional del teatro dialogado. Se privilegia el contenido subyacente al drama y la perspectiva histórica: El teatro como experiencia pública de reflexión.

Además, el reto de Castro es construir espacios ficcionales donde el actor sea un brillante creador de atmósferas emocionales planteadas con anterioridad por la dramaturgia. El actor como articulador de un discurso literario; una voz que madura en escena.

Al respecto, vale la pena resaltar la puesta en escena *El filósofo declara* de Juan Villoro. El director articula la puesta en escena en función de la fascinante relación de un pensador de tiempo completo, su mujer y el natural antagonico, un filósofo que funge como presidente de la academia.

Villoro, hijo de un destacado filósofo, dibuja con sorna en medio de una fina comedia de situación de pareja, las miserias de la intelectualidad, la ambición por el reconocimiento académico y la mezquina erotización de las relaciones profesionales. La primera parte de la obra es deslumbrante, de una brillantez poco vista en nuestros escenarios. Con la actuación pasmosa de Arturo Ríos, quien se ha convertido, en los últimos años (quizá desde *Los justos* de Albert Camus, dirección de Ludwik Margules) en el paradigma del actor maduro mexicano, verbalmente imponente, de una potencia inusitada, dotando al personaje de algo más que verosimilitud: Coherencia gestual y emocional. La perfección de la puesta en escena se fragmenta por la impericia del autor para sostener el conflicto. A cambio ocurre una historia de enredos que hacen de la segunda parte un juguete menor, en el que sobresale la pericia de Emilio Echevarría y la excelente construcción del personaje de Clara, la esposa, por Pilar Ixquic Mata.

En medio de las virtudes de Castro como director (sus éxitos en taquilla son ejemplo), se asoma una licencia desfavorable: La falta de ambición para conseguir, al contrario de sus pares, la visibilidad y el reconocimiento que se merecen sus puestas en escena. El desdén por la obsoleta jerarquización del gremio teatral nacional le ha costado a Castro la indiferencia de buena parte de la crítica y la academia. El estoicismo y acaso la vanidad del director han jugado en su contra.

Curiosamente, el teatro de Castro es más importante para la generación posterior a la suya, para los nacidos en los setentas y ochentas, que entre sus colegas generacionales. Memorables son sus puestas en escena *1822 El año que fuimos imperio* de Flavio González Mello y *Las obras completas de William Shakespeare (abreviadas)* de Adam Long. El teatro de Castro ha permeado en un grupo de directores y dramaturgos que encontraron en su lenguaje, aparentemente tradicional, ausencia de terrorismos vanguardistas donde el *drama* se suele extraviar a favor de un derroche narcisista. Castro es no solo el renovador del formalismo teatral mexicano, también un

productor valiente que consiguió abrir un nuevo campo de batalla: Integrarse a la nómina del teatro comercial sin abandonar una búsqueda estética sobre la naturaleza contradictoria de sus personajes.